

de haberme sacado del agua, y los homenajes asiduos de este ardiente amor que ni el tiempo ni las dificultades vencieron, y que, haciéndonos descuidar padres y patria, detiene vuestros pasos en estos lugares, disfraza vuestra fortuna en mi favor, y os ha reducido, para verme, a valeros del empleo de doméstico de mi padre. Todo eso causa en mí, sin duda, un maravilloso efecto, y es suficiente, a mis ojos, para justificarme el compromiso en que he consentido: pero no es suficiente, quizá, para justificarlo a los otros, y no estoy segura de que se aprueben mis sentimientos.

VAL. — De todo lo que habéis dicho, sólo es por mi amor que pretendo merecer algo de vos; y, en cuanto a los escrúpulos que tenéis, vuestro padre mismo demasiado se encarga de justificarlos ante todo el mundo; su excesiva avaricia, y el modo austero de vivir con sus hijos, podrían autorizar cosas más extrañas. Perdonadme, encantadora Elisa, que así hable de él en vuestra presencia. Sabéis que, sobre este capítulo, no se puede hablarlo. Pero, en fin, si puedo, como espero, encontrar a mis padres, no nos costará mucho volvérnoslo favorable. Espero noticias con impaciencia, e iré a buscarlas yo mismo si tardan en venir.

ELISA. — ¡Ah, Valerio! no os mováis de aquí, por favor, y pensad solamente en captaros la simpatía de mi padre.

VAL. — Vos veis cómo trato de lograrlo, las hábiles complacencias a que he debido recurrir para introducirme en su servicio, bajo qué máscara de simpatía y de comunidad de sentimientos me distrajo para gustarle, y qué papel represento diariamente con él a fin de conquistar su cariño. Hago en ello progresos admirables, y compruebo que, para ganar a los hombres, no hay mejor medio que el de adornarse a sus ojos con sus inclinaciones, que seguir sus máximas, incensar sus defectos, y aplaudir lo que hacen. No hay que tener miedo de exagerar la complacencia; por más visible que sea la manera de engañarlos, los más sutiles son siempre grandes tontos por el lado de la adulación; y no hay nada tan impertinente ni tan ridículo que no se haga

tragar cuando se condimenta con alabanzas. La sinceridad sufre un poco en el oficio que hago: pero cuando se tiene necesidad de los hombres, bien hay que ajustarse a ellos; y puesto que sólo así se puede ganarlos, la culpa no es de los que adulan, sino de los que quieren ser adulados.

ELISA. — Pero ¿por qué no tratáis también de ganar el apoyo de mi hermano, para el caso de que a la sirvienta se le ocurriera revelar nuestro secreto?

VAL. — No es posible captarse a ambos; el espíritu del padre y el del hijo son dos cosas tan opuestas, que es difícil conciliar las dos confidencias. Pero vos, por vuestra parte, tratad de ganar a vuestro hermano, servíos de la amistad que existe entre vosotros dos para atraerlo a nuestros intereses. Aquí viene. Me retiró. Aprovechad la ocasión para hablarle, y no le descubráis de nuestro asunto más que lo que juzguéis conveniente.

ELISA. — No sé si me atreveré a hablarle esta confidencia.

## ESCENA II.

Cleanto, Elisa.

CLE. — Me alegro de encontrarte sola, hermana; arda en deseos de hablarte para revelarte un secreto.

ELISA. — Heme aquí dispuesta a escucharte, hermano. ¿Qué tienes que decirme?

CLE. — Muchas cosas, hermana, encerradas en una palabra: Amo.

ELISA. — ¿Amas?

CLE. — Sí, amo. Pero, antes de ir más lejos, sé que dependo de un padre, y que el nombre de hijo me somete a sus voluntades; que no debemos comprometer nuestra fe sin el consentimiento de los que nos han dado el ser; que el cielo los ha hecho dueños de nuestros votos, y que nos está ordenado no disponer de ellos más que según sus indicaciones; que, no estando cegados por ninguna loca pasión, están en condiciones de engañarse mucho menos que nosotros, y de ver mucho mejor que nosotros lo que nos conviene; que hay que creer más bien a las luces de su prudencia que a la